

# Entrevista y conferencia de Valle-Inclán en Málaga (1926)

A Adela

**P**or el otoño de 1926, Ramón del Valle-Inclán había presentado a sus lectores la mayoría de su obra literaria. Ese mismo año había publicado *Tablado de marionetas para educación de príncipes* (20-III), primera impresión de sus farsas; *El terno del difunto* (20-V) y *Ligazón* (26-VIII) en «La novela mundial» y, últimamente, con una entrevista, *Zacarías el cruzado o agüero nigromante* (3-IX), fragmento previo de *Tirano Banderas*, que había estado imprimiendo fragmentariamente y que prontamente vería la luz en su primera edición el 15 de diciembre de 1926, a la que aludirá el propio Valle en la entrevista que a continuación aquí se recoge.

Básicamente, había dado a conocer sus esperpentos, salvo *La hija del capitán* del año siguiente, y sólo le quedaba por crear una obrita teatral —*Sacrilegio* (1927)— y todo *El ruedo ibérico*, —de por sí, corpus significativo—, del cual ya tenía publicada una primera obra —*La corte isabelina*— y del que tenía proyectado, si no escrito, gran parte<sup>1</sup>. Este recuento no es casual, sino que debe reflejar que Valle-Inclán había creado y madurado ya gran parte de su obra literaria como para poder reflexionar estéticamente sobre ella y exponerla en conferencias o entrevistas.

De este modo, Valle-Inclán inicia una gira de conferencias por provincias, en la que trató, sin excluir alusiones políticas al momento histórico<sup>2</sup> o de otra índole al momento teatral, temas claramente estéticos. En verano había visitado la provincia de Asturias y ahora acudió a la llamada de Málaga. No estaría de más, pues, preguntarse qué le llevaría a difundir su palabra estética en medio de la dictadura primorriverista, teniendo en cuenta que don Ramón no escatimaba ocasión para enfrentarse al régimen.

<sup>1</sup> En la entrevista afirma preparar el segundo tomo de *La corte isabelina*. Debe referirse a *El Ruedo Ibérico*. Primera serie. Tomo II. *Viva mi dueño*, de 1928.

<sup>2</sup> Como en *Burgos* (1925). Ver D. Dougherty, «Valle-Inclán ante la dictadura militar: el viaje a Asturias (1926)» en C. L. Barbeito (ed.), Valle-Inclán. Nueva valoración de su obra, *Barcelona, PPU, 1988*, pp. 69-85. *Lo citaré, en adelante, como Dougherty* (1988).

<sup>3</sup> *Marqués de Lozoya*, Historia de España, 6, *Salvat, Barcelona, 1967*, p. 363

Habría que situarse, claro esta, en el momento que atravesaba el Directorio civil. España, con la victoria de la guerra de Africa y el vuelo del «Plus Ultra», pudo exaltar el orgullo nacional y «vivió los últimos momentos de un optimismo que en muchos años no sería ya posible»<sup>3</sup>. Así, intentó legalizar su poder —y luego *constitucionalizar* una Asamblea consultiva, no elegida—:

convocó para los días 10, 11, 12 y 13 de septiembre de 1926 un plebiscito en el cual se pedía a los ciudadanos españoles que aprobasen su política con un voto de confianza. El resultado fue favorable al gobierno [del Marqués de Estella] por una mayoría de votos [...] pero las circunstancias en que fue realizado le quitaban apariencias de sinceridad<sup>4</sup>.

Se vivieron los peores momentos entre Alfonso XIII y Primo de Rivera. En consecuencia, un venidero desencanto político<sup>5</sup> y una larga trayectoria literaria, si no razones de «peso», permitieron a Valle-Inclán conseguir un vislumbre sobre la evolución ideológica de su obra y una reflexión sobre las claves fundamentales de su literatura, para exponerlas en público.

La contextualización de su viaje a la, por excelencia, ciudad cantonalista y liberal de finales del XIX se vería completada con la inquietud del ambiente intelectual de Málaga. No olvidemos que por las mismas fechas la parte malagueña del grupo del 27 crea una importante revista literaria, *Litoral*, y que el Círculo Mercantil era un conocido centro de conferencias (Unamuno dió una en 1906)<sup>6</sup>. Valle acepta, entonces, el ofrecimiento de la citada Sociedad y llega a Málaga el 27 de octubre de 1926, anunciado para los lectores de *La Unión Mercantil*:

Hoy, en el tren expreso, llegará a Málaga el ilustre escritor don Ramón del Valle-Inclán, que invitado por el círculo Mercantil, dará una conferencia en esta sociedad sobre el tema «Autocrítica».

Probablemente la conferencia tendrá lugar en la noche de mañana<sup>7</sup>.

Efectivamente, así fue<sup>8</sup>. La estancia, siempre inquietante, de Valle-Inclán tuvo buena acogida por la prensa malagueña<sup>9</sup>, que el jueves 28 (octubre de

<sup>4</sup> Ibid., p. 363. La voluntad nacional se manifestó «libremente», según Unión Patriótica (1-X-1926).

<sup>5</sup> Conflictos estudiantiles, fracaso de la «Sanjuanada» e intentona de invasión catalanista: Cfr. J. Tusell, Siglo XX, Madrid, Historia 16, 1990, pp. 249-50, 276 y 807.

<sup>6</sup> S. de la Nuez y J. Schraibman, Cartas del archivo de Pérez.Galdós, Madrid, Taurus, 1967, p. 147. F. Bejarano, en Las calles de Málaga.

De su historia y ambiente, I, Málaga, Arguval, 1985, p. 357, recuerda el ambiente hacia 1908: «Las obras de[...]Azorín, Pío Baroja, Benavente, Unamuno, Valle-Inclán [...] fueron leídas, gustadas y comentadas». Ver J. Neira, *Litoral*. La revista de una generación, Santander, La isla de los ratones, 1978. Cfr. La Gaceta Literaria (15-VII-1927): «El Círculo Mercantil, tras muchas promesas de grandes cosas,

trae tan solo a Valle-Inclán, y luego duerme, duerme, ahora despierta.», p. 2. Carlos del Valle-Inclán, hijo de don Ramón, estudió, unos años más tarde, en un colegio de Málaga: J. Carabias, «La intimidad del gran don Ramón», Crónica (12-I-1936).

<sup>7</sup> «Hoy llega Valle Inclán», La Unión Mercantil (27-X-1926), p. 3.

<sup>8</sup> «En el tren expreso de las 10 y 50 de la mañana llegaron:

De Madrid, don Rafael Márquez, el ilustre escritor don Ramón del Valle-Inclán, al que esperaban algunas personalidades». «NOTAS DE SOCIEDAD [...] De viaje», La Unión Mercantil (28-X-1926), p. 10.

<sup>9</sup> Un suelto anunciaba su llegada: «Se encuentra en esta capital el reputado escritor don Ramón de[1] Valle-Inclán», Diario de Málaga (28-X-1926), p. 3.

1926) anunció su conferencia en forma idéntica, lo que sugiere que se trataba de la publicidad del acto:

Esta noche a las diez dara una conferencia en esta Sociedad el notable escritor don Ramón del Valle-Inclán, la cual versará sobre el tema «Autocrítica»<sup>10</sup>.

Una entrevista, una conferencia y su comentario aparecidos en la prensa son el breve resumen de la fugaz estancia. Al día siguiente Valle-Inclán ya se hallaba de vuelta en Madrid<sup>11</sup>.

## Antecedentes

El carácter autocrítico y estético de la conferencia responde a una actitud permanente de Valle-Inclán de repensar, en términos de estética, sobre su obra, ya en cartas, ya en conferencias, desde la época de sus *Sonatas*. Un primer antecedente se puede encontrar en la autocrítica de su conferencia en el madrileño Ateneo el 2 de mayo de 1907, parte de un ciclo de «autocríticas» organizado por la Sección de Literatura, dirigida por Pardo Bazán, e iniciado por Joaquín Dicenta el 8 de abril<sup>12</sup>.

Avanzando en la cronología, Valle-Inclán dirige una carta a Rivas Cherif, quien publica la parte más interesante «por lo que hay en ella de grato anuncio y de justísima autocrítica» («La Comedia Bárbara de Valle-Inclán», *España*, 16-II-1924). Por la misma fecha (8-III-1924) y en la misma revista, aparece un artículo con el título de «Autocrítica», que recoge una carta de don Ramón, valiosa por sus apreciaciones sobre como es tratado el tiempo y el espacio por «algún ruso», asunto sobre el que volverá en la conferencia malagueña.

Por último, y ya en ese ciclo provincial de conferencias, antecede la que con el título de «Autocrítica literaria» dió en Oviedo (*Región*, 15-IX-1926). Es la hermana mayor de la cual procede la de Málaga. Tratará temas afines como la quietud estética, tanto en la forma en el arte griego como en el movimiento y la luz en Leonardo y Velázquez; la reducción del espacio y del tiempo, a través de la fábula del labriego o en referencia a Dostoievski o el tipo de don Juan que reacciona ante el paisaje, presentado por el autor ante esas varias trilogías que informan su aspecto demoniaco y eterno<sup>13</sup>. No por ello deja de ser interesante la de Málaga, que, más extensa y variopinta, pasa de ser una más. «Apenas si sé [...] lo que he de desarrollar en esa conferencia» o «Este tema[...]que tracé de antemano» parecen sugerir que va a volver a trazar una autocrítica, revisada, al «levantarse para hablar», respondiendo a su desenvuelto modo de conferenciar.

<sup>10</sup> El Cronista, p.4, La Unión Mercantil, p.3 y Diario de Málaga, p.1.

<sup>11</sup> «En el tren expreso de las cinco y treinta de la tarde, marcharon:

Para Madrid el notable escritor don Ramón del Valle-Inclán», «NOTAS DE SOCIEDAD. De viaje», La Unión Mercantil (30-X-1926), p.10.

<sup>12</sup> La conferencia pronunciada con el título de «Viva la bagatela» no ha sido exhumada en su totalidad. Ver R. M. del Valle-Inclán, Entrevistas conferencias y cartas, ed. de J. y J. del Valle-Inclán, Valencia, Pre-Textos, 1994, pp. 15 y 17-9. Lo citaré, en adelante, como Valle-Inclán (1994). Y D. Dougherty, Un Valle-Inclán olvidado: entrevistas y conferencias, Madrid, Fundamentos, 1983, p. 100. Lo citaré, en adelante, como Dougherty (1983).

<sup>13</sup> Ver Valle-Inclán (1994), pp. 257, 259-60 y 321-4.

<sup>14</sup> «Sus cuentos tienen el encanto de las viejas leyendas consagradas, y esa misma reciedumbre y concesión de su estilo nos saben a cosas de otros siglos, qué se yo, de un tiempo en que el escritor hablaba para sí mismo. Es curioso observar cómo en la prosa [...] no sobran ni faltan palabras. Tiene tal obra la exacta cantidad y calidad de ritmos y notas que observamos en la música beethoveniana.

[...] ha hecho del Marqués de Bradomin un ser vivo, y todas las figuras de su retablo, pastores, bandoleros, hidalgos y mendigos, enamoradas lunáticas y princesas de cuento, adquieren bajo el cielo gris de la mansa Galicia contexturas más que humanas, mitológicas». «Las capacidades españolas. VALLE-INCLAN EN MÁLAGA», Vida Gráfica, Año II, Núm. 88, 1 de Noviembre de 1926.

<sup>15</sup> « [La] Lámpara maravillosa. —Flor de santidad—. La marquesa Rosalinda. —Retablo de la avaricia, de la lujuria y de la muerte [sic].—Sonata de Primavera.—Sonata de Estío.—Sonata de Otoño.—Sonata de Invierno.—Tablado de Marionettas [ic].—Opera lírica. Jardín umbrío.—Corte de amor.—Cara de plata.—Aguila de blasón. —Romance de lobos.—Luces de bohemia.—Divinas palabras.—Los cuernos de Don Friolera.—Opera romántica. —La corte isabelina.—La gente del bronce.—Los cruzados de la causa.—El resplandor de la hoguera. Gerifaltes de antaño.—[El] Yermo de las almas.», Vida Gráfica (11 XI-1926).

<sup>16</sup> «En seguida daré un volumen con todo mi teatro

## Entrevista, conferencia y comentario.

El motivo de su conferencia produjo, a las pocas horas de su llegada, el interés previsible de la prensa por indagar algo sobre el tema de su disertación, por lo que *El Cronista* le entrevistó. Sus impresiones aparecieron el 28, día del acto, sirviendo de presentación y marco de referencia. La entrevista evidencia el inconformismo de Valle-Inclán frente a la falta de inquietud y participación en actos públicos para alcanzar un deseable espíritu crítico, hecho que relaciona Valle-Inclán con su visión del analfabetismo, ya que para él el problema consiste «en que no leen cuantos saben leer». Nos descubre datos valiosos para el plan de *El ruedo ibérico*, título genérico que parece usurpado por el de *La corte isabelina*, de la que el segundo tomo se llamaría *El ruedo ibérico*, es decir, *Viva mi dueño*, de 1928. Además, duda de la finalización del proyecto: «No creo que pueda tener, dadas sus dimensiones, tiempo para llegar a su término». Reelabora, asimismo, su concepto de novela, «paralela» a la Historia y ligada a la colectividad. Y su técnica será medir la sensibilidad de las clases sociales, desarticulada en la reacción de éstas ante momentos históricos del siglo XIX. Será su obra, por tanto, «muy puntillista».

En otra de las informaciones posteriores a su estancia aparecen, relacionados con la reseña de la conferencia, unos comentarios críticos muy certeros sobre la obra de don Ramón, en cuanto a su aspecto musical e intento de intemporalidad. Junto a estas opiniones<sup>14</sup> aparecen, en el mismo artículo, tres anécdotas, «el soneto» de Rubén Darío y, como carta de presentación, «La producción literaria del maestro»<sup>15</sup>, de la cual —además de que se olvida toda la producción anterior a 1902, *La media noche* (1917), su obra poética y *El terno del difunto*, debido quizás a su pendiente reelaboración— destacan algunos títulos. Por ejemplo, el que se incluya el *Retablo*, ya que su primera impresión en libro no se produjo hasta casi un año después (10-X-1927); Opera romántica debe referirse o a *El marqués de Bradomin, coloquios románticos* o a un futuro proyecto de editar su teatro<sup>16</sup>; *La corte isabelina* se publicó en la prensa ese año y lo más llamativo es el sorprendente título de *La gente del bronce*, que debe emparejarse con esos tomos nunca impresos (vg., *Hernán Cortés*).

Por fin, la conferencia —«Autocrítica»— de Valle-Inclán tuvo un carácter marcadamente estético, con lugares comunes de otras conferencias, pero con opiniones sobre literatura y conceptos que se veían con mayor claridad a la luz de *La lámpara maravillosa*. Después de hacer su clásico elogio del tono y expresar la intención de sus palabras —«desentrañar la expresión estética que a ella [su obra] corresponde, o sea la metafísica en que se funda»—, aborda temas como la diferencia de planteamiento entre la novela y el teatro. Es interesante para el debate genérico de su obra.

Así, una de sus máximas —lúcida y altisonante: «La novela es protestante y el teatro es católico»— le define como no novelista a lo «protestante», pues él —dramaturgia en la novela— hace sus novelas «de la misma forma que se hace el teatro», llevando «a la novela los procedimientos del teatro»<sup>17</sup>. Y dos ejemplos de esta diferencia los ve en la novela rusa. «Protestante» sería *Resurrección*, de Tolstoi; «católica», *Crimen y castigo*, de Dostoievski. Trata el carácter de la novela rusa —la redención del héroe, su cristianismo—, que enlazaría con el aspecto ejemplar de la literatura española idealista o de fantasía —la convención del honor caballeresco en el teatro— y, posteriormente, con la de santos. Mientras tanto, el carácter de la novela española, género singular de sus letras, siguiendo el preceptismo clásico, sería el de la perdición del héroe, su realismo. Considera *El Quijote* —«novela caballeresca a la inversa»—, más que una novela realista, resumen del pueblo español, una síntesis de los dos modos literarios —ejemplar y real—<sup>18</sup>, como la pintura de Velázquez<sup>19</sup>.

A pesar de la buena acogida que *La cabeza del Bautista* obtuvo por la delicadeza de la interpretación de Mimi Aguglia —que actuó en febrero de 1925 y enero de 1926 en Málaga, sin montar la obra—, Valle-Inclán apartó sus obras del teatro comercial, refugiándose ese año en el experimento de «El mirlo blanco» y en un proyecto de inmediata aparición, el de «El cántaro roto». No sabemos si la crítica, inmersa en el texto, al lastre empresarial o a la vanidad de los histriones se debe sólo a un cierto resentimiento, desvelado en la ironía de que no quiere tener relación con los clásicos «modernos» que están siendo representados.

Uno de los aspectos más interesantes de la charla es el de triple armonía —lo lírico, lo dramático y lo regocijado<sup>20</sup>— al que responden Shakespeare<sup>21</sup> y Goya. Lo más importante es su glosa del esperpento no por medio de los «Caprichos» o «Desastres» de Goya, sino desde «*El retrato de la familia de Carlos IV*»<sup>22</sup> la cual parece pedir un fusilamiento, ya que lo externo debe hallar una correspondencia con lo interno y en esta pintura se evidencia lo que el esperpento es: la falta de armonía entre los personajes y las acciones que les supone su destino histórico, lo que desvela una mención al momento político de España.

Otro elemento presentado, ante el destino histórico, es don Juan. Visto como mito, como arquetipo y, por tanto, eterno, Valle declara situarle ante el paisaje, ante el paso del tiempo, para el que adopta la perspectiva de las memorias, buscando una armonía temporal, igual unidad armónica que la encontrada en los crepúsculos<sup>23</sup>. Ya que bello es lo eterno, el movimiento solo puede alcanzar la suprema belleza cuando alcanza el momento de la quietud. Su técnica temporal es la de la condensación que justifica la fatalidad. Incluye, finalmente, una referencia a la reciente

—Tramoya romántica— en ABC (3-VIII-1930). Ver Dougherty (1983), p. 195.

<sup>17</sup> Ver L. Iglesias Feijoo, «Valle-Inclán, entre teatro y novela», Diálogos hispánicos de Amsterdam n<sup>o</sup>7, Amsterdam, Rodopi, 1988, pp. 65-79. El procedimiento protestante o de novela, según lo describe Valle en la conferencia, me recordaría las Comedias bárbaras.

<sup>18</sup> Ver las conferencias de Oviedo (1-IX-1926) y Burgos (22-X-1925) en Dougherty (1988), pp. 77-82.

<sup>19</sup> Le apunta el estatismo de la luz en la conferencia de Gijón (6 IX-1926). Ver Dougherty (1988), pp. 82-85.

<sup>20</sup> Ver «Estética del teatro» en V. A. Salaverri, Los hombres de España, junio 1913, en Dougherty (1983), p. 47.

<sup>21</sup> Ver «El arte y la justicia social», La Internacional (3-IX 1920), en Dougherty (1983), p. 103.

<sup>22</sup> Ver R. Cardona y A. Zahareas. Visión del esperpento. Teoría y práctica en los esperpentos de Valle-Inclán, 2<sup>a</sup> ed., Madrid, Castalia, 1982. Véase en la conferencia de San Sebastián: «Goya superior también a la familia de Carlos IV» (La Voz de Guipúzcoa, 28-II-1935) en Dougherty (1983), p. 274.

<sup>23</sup> Recordemos «Es la hora del lubricán» de la clave XX (La rosa del tiempo) de El Pasajero (1920), así como otras de sus «claves».

interpretación de Marañón, situando al personaje en dos trilogías, que recuerdan una tercera, posterior:

Demonio—	mundo	—*carne
Galicia—	Extremadura	—*Sevilla
muerte—	avaricia	—*lujuria (* la menos importante) <sup>24</sup> .

Esta sugestiva conferencia produjo una reacción en las páginas del periódico, más testimonial que trascendente, menos estética que física y católica. Carlos Valverde López asigna su concepto de belleza al movimiento. No supo ver la apuesta de Valle-Inclán por el instante eterno que consagra la caducidad del movimiento, sin implicar excluyentemente la ausencia de éste, mas asumiéndolo y exaltando, a la vez, su quietud estética. Al igual ocurre con la figura de Dios, del que Valle hace un concepto manejable de concepción metafísica y estética, para identificarlo con lo bello. El comentarista, con razón, relacionó la quietud absoluta con la muerte, ya que para Valle-Inclán «sobre la inmovilidad de la muerte recobrará su imperio el gesto único».

Esto fue lo que dio de sí su corta estancia malagueña. A Madrid le llevaría el terminar de imprimir su *Tirano Banderas* y la publicación del libro tercero de *La corte de los milagros, Ecos de Asmodeo*. La conferencia de Málaga supuso un paso más en la afirmación de sus constantes estéticas, lo que llevaría a una reflexión crítica sobre su modo de crear. Por ejemplo, ¿no cabría relacionar el concepto de «quietismo estético» con el de armonía y unidad de las «Memorias dialogadas», el de «arquetipo» del «don Juan» o con el de «imposibilidad»<sup>25</sup> de los «Esperpentos» y *El ruedo ibérico*?. Espero que esta conferencia, como aportación estética, matice asuntos anteriores y sirva para completar poco a poco el pensamiento literario de Valle-Inclán.

Lo más curioso es que don Ramón ofreció la conferencia, «invitación» mas que generosa, en el día de su sesenta cumpleaños —ningún periódico lo recoge—, el jueves 28 de octubre de 1926.

## «Huésped Ilustre. El Sr. Valle-Inclán en Málaga»

*El Cronista, (Diario de la Mañana)* Año XXXII, Núm. 8.655 (Jueves, 28 de octubre de 1926), p. 12.

Desde ayer Málaga tiene el honor de contar en ella con la figura preclara de Don Ramón del Valle-Inclán, el literato cumbre contemporáneo, el cerebro prodigioso que hubo de forjar bellas y estimables concepciones, el artifice prodigioso de la pluma. El patriarca de las letras españolas llegó a

<sup>24</sup> La Novela de Hoy (3-IX-1926) en Dougherty (1983), p. 160.

<sup>25</sup> La imposibilidad se retrata en una escritura escénica, dialogada (La Libertad, 16-V-1926), en Valle-Inclán (1994), p.296. Emplea la forma dialogada, porque la armonía conseguida a través de «Memorias» (en referencia a las Comedias bárbaras) «en opinión, se exhibe, buscando la unidad» (la cursiva es mía). Enunciado que habría que relacionar con «El quietismo estético, II»: «En el recuerdo todas las cosas están quietas [...] El recuerdo da a las imágenes la intensidad y la definición de unidades, al modo de una visión cíclica», R. del Valle-Inclán, La lámpara maravillosa. Ejercicios espirituales, ed. de V. Milner Garlitz, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992, p.133. Lo citaré como Valle-Inclán (1992).

esta ciudad, en unión del joven y notable pensador Rafael Jiménez Siles<sup>26</sup>, querido amigo nuestro y paisano, con el objeto de dar esta noche la conferencia que tiene organizada el Círculo Mercantil, cuyo acto ha de revestir todos los caracteres de un grato acontecimiento en los anales malacitanos.

Anoche tuvimos nosotros, también, el honor de estrechar la mano de Don Ramón y de conversar largamente con él. Durante buen rato escuchamos la palabra maravillosa de este mago de la literatura, y de esa charla amena y sugestiva entresacamos los párrafos que aparecen a continuación, que reproducimos no tan solo por el interés que entrañan, sino porque ellos revelarán mucho mejor que nosotros pudieramos hacerlo, la psicología y el ingenio de tan admirable escritor.

Tratamos, en primer término, de inquirir algo que estuviera relacionado con el tema «Autocrítica» que piensa desarrollar en su trabajo, y el autor de las tan celebradas *Sonatas*, nos expuso:

— Apenas si sé en estos momentos lo que he de desarrollar en esa conferencia. Si a esos actos se les priva de la espontaneidad, pierden toda su importancia. En los Estados Unidos<sup>27</sup> se tiene de ellos muy distinto concepto que aquí. Allí las conferencias se desenvuelven rápidamente, en quince minutos a lo más, y después queda el auditorio autorizado para hacer cuantas objeciones estima pertinente sobre lo tratado. Esto obliga a que surja la controversia constantemente y a que toda conferencia se halle rodeada de los mayores atractivos.

— ¿.....?

— Sí, ocurre con ello lo mismo que sucede con el analfabetismo. Hay quien supone que éste estriba únicamente en el número de personas que no saben leer, en que aprendan a leer cuantos no saben hacerlo, y considero que, en vez de ello, se condensa principalmente en que no leen cuantos saben leer. El problema radica singularmente en ello, en que lean todos aquellos que estén en condiciones. El aspecto secundario de la cuestión, puede resolverse fácilmente, obligando a que aprendan a leer, que puede ser resuelto rápidamente, en treinta días. Rusia y Méjico<sup>28</sup> lo resolvieron rápidamente.

— ¿.....?

— Sí, este verano recorrí buena parte de Asturias<sup>29</sup>. ¡Con cuánta satisfacción observé el cariño que allí se tiene al libro! ¡Hasta en los pueblos de mas modesta condición cuentan con una biblioteca circulante! En Avilés tan solo, consultaron cuarenta mil autores. No conozco mucho de España, pero a pesar de ello me atrevo a afirmar que es Asturias una de las regiones españolas más ejemplares.

— ¿.....?

— Ahora preparo el segundo tomo de la *Corte isabelina*. El primero publicóse como folletín en *La Nación* de Buenos Aires<sup>30</sup>. Además estoy

<sup>26</sup> La Unión Mercantil nombra a un tal Rafael Márquez. Ver nota 8.

<sup>27</sup> R. Osuna, «Una conferencia de don Ramón del Valle-Inclán en Nueva York», Cuaderno de Estudios Gallegos, XXXI(1978-80), p. 378.

<sup>28</sup> «Desde Rusia a México ya se inicia el gran movimiento que habrá de efectuar la emancipación de los pueblos», *Excelsior* (18-X-1921) en Dougherty (1983), p. 126.

<sup>29</sup> Desde el 27-VIII al 15-IX-1926. Ver Dougherty (1988).

<sup>30</sup> J. Serrano Alonso y A. de Juan: «Cuadro sinóptico de publicaciones» en *Bibliografía general de Ramón del Valle-Inclán*, (en prensa). La edición de *La corte isabelina* fue descubierta por Dru Dougherty y en la actualidad Serrano Alonso prepara una edición crítica de la novela, donde se incluye esta edición. Anticipada por Rivas Cherif en *Heraldo* de Madrid (2-VIII-1924). En *La Novela de Hoy* (3-IX-1926) no la considera primera de la serie. Ver Dougherty (1983), pp. 153 y 163.

<sup>31</sup> En España (16-II-924) anticipa esta novela «americana de caudillaje y avaricia gachupinesca». En La Novela de Hoy (3-IX-1926) dice no tener editor. Dougherty (1983), pp. 147 y 163.

<sup>32</sup> Así en La Novela de Hoy (3-IX-1926). Dougherty (1983), p. 163.

<sup>33</sup> Henri Beyle (1783-1842). La mención de Stendhal nos retrae a «El quietismo estético, I»: «dándome la ilusión de que la vida es un espejo que pasamos a lo largo del camino, me muestra en un instante los rostros entrevistados en muchos años», Valle-Inclán (1992), p. 131.

<sup>34</sup> Antes en El Castellano (23-X-1925), en Valle-Inclán (1994), p. 286.

<sup>35</sup> Guerra y paz (h. 1878) se gestó entre los años 1864-9.

<sup>36</sup> Evocación de Corpus Barga, de 1916: «Corte europea, la capital moscovita y la Tierra», en Dougherty (1983), p. 54.

<sup>37</sup> Así en ABC (7-XII-1928). En Dougherty (1983), p. 178: «En cuanto a la técnica de esta obra [El ruedo ibérico], puede aproximarse a la técnica del puntillismo en pintura. Hay una desarticulación de motivos y una vibración cromática en mi voluntad. Claro es que acaso no en la realización: eso no puedo yo juzgarlo...».

<sup>38</sup> Aparece en portada una fotografía —luego reproducida en La Esfera (6-XI-1926)— con el siguiente pie: «El señor Valle Inclán sorprendido contemplando el escaparate de la librería Rivas». Se hallaba desde 1907 en la c/ Marqués de Larios, 2, y vendió Para el

imprimiendo<sup>31</sup> la novela *Tirano Banderas*, en la que me ocupé de las tiranías mejicanas.

— ¿.....?

— En ese segundo tomo de la *Corte isabelina*, que he titulado *El ruedo ibérico*, tiendo a dar a conocer la sensibilidad<sup>32</sup> española, como reaccionan las clases sociales en España. En ella demostraré que el golfo, por ejemplo, tiende a reaccionar con una ética superior que otras personas y que el burgués y el aristócrata lo hacen de la misma manera. El tipo de mi novela no significa ninguna novedad, pero si será de lo más nuevo que se ha conocido hasta ahora.

— ¿.....?

— En un principio la novela fue paralela a la historia. Como se entendía la novela lo era la historia. A un lado estaban las crónicas de los reyes, al otro los libros de caballerías. Llega la Revolución francesa, que eleva al hombre a la categoría que le es propia, y se produce la labor individual, y desde entonces el hombre tiene una gran importancia, pues al llegar esta revolución de valores surge el valor individual, que presta significación a los actos humanos. La labor de Stendhal<sup>33</sup> así lo acredita elocuentemente.

— ¿.....?

— Desde luego. Más tarde evoluciona nuevamente en ello, y ya tienen merced a tal movimiento una máxima importancia las colectividades<sup>34</sup>, el grupo social, no el individual. ¿Qué acontece? Los grandes novelistas modernos prescinden del individuo para ir al nuevo campo, y enfocan la novela hacia ese conjunto social. Tolstoy en su obra *La Paz y la Guerra*<sup>35</sup> da fe de ello, pues estudia a la Rusia en sus tres aspectos —tradición, Corte y campo—<sup>36</sup>, y sintetiza la lucha que anima a unos contra otros en las familias, y cada individuo es como una facción de una gran figura.

— ¿.....?

— Mi obra será muy puntillista<sup>37</sup>, por lo que me está costando muchos estudios. No creo que pueda tener, dadas sus dimensiones, tiempo para llegar a su término.

Recogidas estas breves impresiones, y después de agradecer al autor de *La lámpara maravillosa* sus deferencias, le deseamos en nombre de EL CRONISTA una muy grata estancia en esta ciudad hospitalaria.

## «El Sr. Valle-Inclán en el Círculo Mercantil. Una conferencia interesantísima»

*El Cronista*, año XXXII, Núm. 8.656 (Viernes, 29 de octubre de 1926), pp. 1-2.<sup>38</sup>

Anoche, a las diez, el ilustre literato don Ramón del Valle-Inclán dió su



anunciada conferencia en el Círculo Mercantil, desarrollando el tema «Au[to]crítica».

El presidente de la sociedad Sr. Mapelli<sup>39</sup>, con palabra elocuente, hizo la presentación del conferenciante.

Al levantarse para hablar el notable novelista estalla una ruidosa salva de aplausos.

Comienza diciendo que en estos momentos no puede por menos de recordar a Fray Diego de Cádiz, que en su apostolado mantenía que no hay nada como el tono. No quería —agrega—, llegar al corazón humano por la doctrina, a veces, no suficiente para lograr la exaltación que toda idea debe encontrar en el pensamiento ajeno y, sin embargo, el tono siempre logra ese propósito, a Fray Diego como a San Bernardo<sup>40</sup>, que forma un ejército alemán, predicando en francés, logrando con el tono la fuerza precisa para ir a rescatar el sepulcro de Cristo.

No es necesaria la doctrina —añade—, porque con el tono basta. El tono es la gracia de la dicción, la más alta música de la expresión y así no es extraño que cuando Fray Diego de Cádiz advertía que le faltaba se negase hasta a predicar. Relata Fray Diego en «Las Cartas» del Obispo Madeira<sup>41</sup>, que cuando la gracia del tono no le acompañaba, calándose la capucha y abrazándose al Crucifijo, bajaba del púlpito y suspendía su sermón. Fray Diego que era sincero lo decía: la gracia del tono no me asiste, y atravesaba la iglesia en busca de su retiro. Y es que no le era suficiente la doctrina, que precisaba del tono para hablar.

Ocurría, a veces, que Fray Diego volvía del púlpito con el Cristo entre sus brazos y con la capucha hacia la espalda, porque de pronto, la inspiración, la gracia del tono, se le aparecía al hablar con Dios. Para esto no hay razonamiento, porque hablar con Dios no era principio de la teología doctrinante.

Así es el momento para mí. Me falta tono, pero no quiero practicar la huida.

Este tema «Autocrítica» que tracé de antemano —dice el orador—, no significa que vaya a hacer en la noche de hoy la crítica de la obra mía, pues he de limitarme a desentrañar la expresión estética que a ella corresponde, o sea la metafísica en que se funda. Todo autor tiene una estética que lo singulariza y distingue de los demás, o al menos debe poseerla. ¡Desgraciado del escritor que no posea más que la ajena, ya que nada peor existe que escribir en el dorso de nuestros antepasados! El literato que empieza no debe tener desde un principio público alguno, pues su manera de ofrecer la expresión estética debe ser completamente nueva, no obstante no poder el hombre desenvolverse hasta lo infinito, hasta el término de su vida, y no poder seguir aprendiendo hasta sus últimos días, por ese enquistamiento que sufre nuestro cerebro a cierta edad.

cielo y los altares, de Jacinto Benavente, prohibida para el teatro por la censura del gobierno, según El Cronista (18-XII 1928). Enrique Rivas Beltrán, periodista malagueño, fue colaborador de los diarios liberales Las Noticias, El Fénix y El Nuevo Fénix y del Heraldo y El Liberal, así como corresponsal de La Esfera.

<sup>39</sup> Enrique Mapelli Raggio, presidente del Círculo Mercantil.

<sup>40</sup> San Bernardo de Clairvaux (1090-1153), predicador de la segunda Cruzada. Ver López Núñez, «Valle-Inclán», Por esos mundos (1-I 1915) en Dougherty (1983), p. 63. En «El milagro musical», II: «San Bernardo, predicando en la vieja lengua de oil, por tierras extrañas donde no podía ser entendido, levantó un ejército para la Cruzada de Jerusalén», Valle-Inclán (1992), p. 74.

<sup>41</sup> Diego José de Cádiz (1743-1801), misionero apostólico capuchino. Ver la conferencia de Burgos (22-X-1925). Extractemos una de sus cartas: «la necesidad de la oración para el santo ministerio de la predicación que se me prepara, trayéndome muy frecuentemente a la memoria la espada sin puño con la voz. Esa es la predicación sin la oración» y «¡Yo llamado a la contemplación, a la unión con el sumo Bien y vida de mi alma!» en Cartas espirituales del Beato Fr. Diego de Cádiz, Madrid, Apostolado de la Prensa, 1945, pp. 191 y 197.

<sup>42</sup> Nicolás Boileau «Des-préaux» (1636-1711). Preceptista francés, autor de *Art poétique* (1674), quien influyó en la estética de Moratín, según la opinión de Valle-Inclán en *Ahora* (20-IV-1932). Ver *Valle-Inclán* (1994), p. 497.

<sup>43</sup> Cfr. *Diario de Málaga* (29-X-1926), p. 1: «Compendio de ella son las famosas unidades de lugar y tiempo».

<sup>44</sup> En *Oviedo* (1-IX-1926) dice que es la «novela, genuinamente luterana» y el teatro, «jesuítico»; en *Dougherty* (1988), p. 81.

<sup>45</sup> *Resurrección* (1899). En 1891 Valle-Inclán evoca a «un iluminado como Tolstoy», en *R. del Valle-Inclán*, *Artículos completos y otras páginas olvidadas*, ed. de Serrano Alonso, Madrid, Istmo, 1987, p. 113; citaré esta obra como *Valle-Inclán* (1987). González Blanco dice -sobre el autor ruso- quedar extático y comprender su afán de eternidad: Ver «Influencia de Tolstoi en Europa» en A. Castellón, *El teatro como instrumento Político en España (1895-1914)*, prólogo de R. Doménech, Madrid, Endymion, 1994, p. 40.

<sup>46</sup> Fedor Dostoievski (1821-1881). Autor de *Crimen y castigo* (1886). A Valle «le sugestionó la novela rusa por su aspecto de tragedia, Dostoievski». Ver *Dougherty* (1983), p. 54. Como curiosidad ver «Dostoievski y Málaga» en E. Mapelli, *Escritos malagueños*, Málaga, Malvar, 1983, p. 16.

Meditando ante los clásicos, estudiando las viejas sentencias de Boileau<sup>42</sup>, que nos hablan de la unidad<sup>43</sup> de las ideas y del tiempo, —agrega— concebí la forma de hacer mis libros, sin olvidar la diferencia que existe entre la novela y el teatro. La novela es protestante y el teatro es católico<sup>44</sup>, y en ello estriba esa diferencia. La catolicidad la entendemos como el medio para ser juzgados por un solo acto de nuestra vida, por un punto de contrición, no por todos los actos de la existencia acumulados. Dentro del protestantismo no ocurre cosa semejante, ya que son juzgadas todas las acciones, una no basta, para que al final de nuestra vida el resumen de todas provoque la sentencia final, el resultado de bondad o maldad. Esto no puede ocurrir en el teatro. Sin embargo, yo hago mis novelas de la misma forma que se hace el teatro, utilizando el procedimiento de éste dentro de aquella. Por eso no me he considerado nunca novelista.

Y veamos dos ejemplos en lo novelesco, —dice—, Tolstoy y Dostoievski. El primero en *Resurrección*<sup>45</sup> y el segundo en *Crimen y Castigo*<sup>46</sup>. Tolstoy hace realizar una mala acción a un cadete, quien seduce a una criadita en el momento de despedirse. Pasa el tiempo. Al cabo de los años el seductor es magistrado, y ante él aparece, de nuevo, para ser juzgada, la doncella que mancilló. La mujer envilecida, alcohólica, degenerada, ha llegado a ser infanticida. Aquel hecho pequeño que sirve de iniciación a la fábula novelesca ha engendrado estos grandes hechos de perversión. La mujer es condenada a trabajos forzados en la Siberia. El hecho a través del tiempo ha ido dando impulsos a otros nuevos de más grandeza, de magnitud mayor.

Dostoievski —agrega—, por el contrario, nos presenta a un ser que siente la moral napoleónica, que no tiene dinero, que es pobre en grado sumo, y que quiere redimirse de la esclavitud de la miseria. Conoce a tres viejas, a tres mujeres adineradas. Lucha con una de ellas para arrebatarle la fortuna y finaliza asesinandola. Entonces, al héroe de esta novela se «le caen —como vulgarmente se dice— los palos del sombrero», comprende que ha asesinado, que no tiene la moral napoleónica que imaginaba.

¿Por qué la diferencia —manifiesta—, entre una y otra obra? Porque en la segunda el hecho principal surge sin tiempo para modificar el carácter del protagonista, mientras que en la primera, el hecho insignificante sirve de iniciación a otros mayores y a través de ellos con el arrepentimiento, llega el hecho supremo. El teatro no es más que la expresión de hechos aislados, únicos, mientras que la novela es la narración de hechos pequeños que han engendrado el hecho principal.

Analiza estos caracteres en la novela clásica, extendiéndose en profundas consideraciones sobre diversas modalidades de la literatura.

El héroe nuestro siempre termina con una acción dramática de la vida. En el arte ruso no tiene nunca dicha conclusión y a la novela rusa le ocurre

lo propio. ¿Por qué? Porque en las literaturas europeas la vida del hombre tiene la misma importancia que para el griego. El arte ruso esta lleno de cristianismo; el hombre pecador no termina nunca su vida con el pecado, sino que cambia su destino con el arrepentimiento, su vida mala y buena queda separada, un andar y desandar, una vacilación en el destino. En nuestra novela no encontramos más relación con tal conducta que aquella que nos señala la obra del marqués de Lombay, convertido en santo al ver el cuerpo de la Emperatriz<sup>47</sup> cubierto de gusanos, pues siempre, ateniéndonos al precepto clásico, llevamos nuestros personajes hasta estrellarse y morir.

Esta conducta —manifiesta— me ha llevado a encontrar en las novelas dos maneras de producirse: la clásica y la cristiana, una realista y otra que canta la vida de los santos, siendo extraño que cuando éstos no se dan en la vida se den en la novela, que en aquellas épocas más fervorosas no se produzcan y sí en cambio cuando el ateísmo lo haya invadido todo<sup>48</sup>. En España hemos hallado dos literaturas realistas: la de los siglos XVI y XVII, que son ejemplares una y otra, y que nos presentan al hombre no como es, sino como debiera ser. La referente a los lances de honor es una literatura de fantasía. Buscando episodios de este género en los siglos XVI y XVII, solamente hemos encontrado dos. Uno, el surgido entre Arespardo y el adelantado Pedro de Avilés<sup>49</sup>. Se hallaban ambos jugando a las damas; el primero hizo trampa en el juego y el adelantado lo maltrató. Arespardo llama después a sus tres hijos, les da cuenta del agravio que a su honor ha sido inferido, y éstos hacen un verdadero tratado de geografía, pues como campo para el desenlace honroso del suceso fijan casi todas las ciudades españolas. El adelantado al ver que aquellos tres bárbaros le perseguían de forma tal, rindió viaje en Cádiz y hasta allí llegó uno de los hijos de Arespardo en son de venganza, pudiendo su enemigo escapar felizmente de sus manos.

Otro de los Arespardo fue a Madrid en su busca mas huyó a Avilés. Al fin en León le alcanzaron, le rodearon su casa, le impidieron huir y se concertó el encuentro en el Egido de León. Frente [a] los rivales al primer envite del hijo de Arespardo, el contrario declaró su miedo, negándose a proseguir la lucha y de lo acaecido se levanto un acta, que redactó un escribano que de ese modo dió fe del único caso del siglo XVI.

Otro lance ocurrió en el siglo XVII, entre dos guardias de Valona<sup>50</sup> y unos deudos de Medina Sidonia<sup>51</sup>. Por delación fueron presos y ahorcados antes de celebrarse el encuentro.

Ese era —afirma— el sentido caballeresco de la época que el teatro retrata. ¿Podía darse en una nación, en un pueblo, solo dos ramas, una exclusivamente de pícaros y otra de caballeros? Sírvanos de enseñanza el

<sup>47</sup> Francisco de Borja y Aragón (1510-1572), primer Marqués de Lombay en 1530. La Emperatriz es Isabel de Portugal (1503-1539), esposa de su primo, el rey Carlos V de España. La impresión del cadáver, a los 16 días de muerte de sobrepardo, desengaña al marqués de la vanidad del mundo, ingresando en la Compañía de Jesús. Véase el cuadro de Carbonero sobre este episodio.

<sup>48</sup> Cfr. Diario de Málaga (29-X-1926), p. 1: «Halma y Nazarín, de Galdós, lo prueban». Si en 1891 y 1892 Valle-Inclán había enjuiciado Angel Guerra y Tristana, de Pérez Galdós, ahora nombra otras dos novelas del autor canario, de 1895, año del primer libro de don Ramón, Femeninas. Ver Valle-Inclán (1987), pp. 113-6 y 133-6.

<sup>49</sup> Debe referirse a algún tipo de Relación que lo recoja.

<sup>50</sup> Valona. Guardia militar de la Flandes católica al servicio de España.

<sup>51</sup> Noble familia española. Gaspar Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medinasiona y gobernador de Andalucía, intentó ser rey de España en 1641.

*Quijote*, que es una novela caballeresca a la inversa<sup>52</sup>, que muestra la incompreensión de un pueblo de pícaros ante su grandeza. España no fue más, en aquella época, que un pueblo de pícaros, y es sarcasmo afirmar que es un pueblo de quijotes. Solo hubo un *Quijote* y se le afrentó y llenó de burla. (Gran ovación.)

Nuestra literatura —dice— sigue evolucionando en ambos sentidos, en el de la novela y en el del teatro. Por cierto, dicho sea de pasada, que las obras teatrales que ahora se representan no son más que aquellas que dan dinero a los empresarios o las que se prestan al lucimiento de los artistas, o al menos, en las que ellos entienden que así sucede. No queremos, pues, tener relación ni con los clásicos antiguos ni con los modernos. Las dos maneras a que me refiero, en que se bifurca la literatura española, se encuentran singularmente en el género novelesco, que es el género vital de nuestras letras<sup>53</sup>.

Hay sin embargo, —afirma—, supremos artistas en que se encuentran ambos aspectos, el real y el ejemplar, como lo demuestra el *Quijote* y la pintura de Velázquez<sup>54</sup>, a quien la gente considera como pintor realista, sin tener en cuenta que no es así, pues las tres condiciones que debe reunir todo artista de este género —luz, dibujo y calidades—, tienen una personalidad propia. También existe una triple armonía —lo lírico, lo trágico y lo cómico—, que no he hallado más que en dos genios: en Shakespeare<sup>55</sup> y en Goya<sup>56</sup>. Lo lírico de este pintor, lo he encontrado en su colorido; lo dramático, en la violencia que imprime a las violencias por él recogidas, y lo regocijado, en sus célebres «Caprichos».

La literatura española —asegura—, esta falta de esa triple armonía que se advierte en Goya, la mas grande figura, no como pintor sino como literato, y en quien se puede encontrar un verdadero maestro de la literatura contemporánea, pues sin duda alguna él supo explicar la técnica y la estética de lo que yo llamo el «Esperpento». Voy a explicar —continúa— la técnica de los «Esperpentos». Las acciones son las que dan valor a los

<sup>52</sup> La opinión no era idéntica en 1910. Ver A. C. Garat, «Valle Inclán en la Argentina» en Ramón M. del Valle-Inclán (1866-1966), La Plata, Universidad Nacional, 1967, p. 110. Lo citaré como Garat (1967). Ver la conferencia de Oviedo (1-IX-1926) en Valle-Inclán (1994), p. 306. En Farsa italiana de la enamorada del rey, dirá Maese Lotario: «Sólo ama

realidades esta gente española» (Jornada II), en R. del Valle-Inclán, Tablado de marionetas, ed. de J. Rubio Jiménez, Barcelona, Círculo de Lectores, 1991, p. 94. Citaré esta edición como Valle-Inclán (1991). Citado en Dougherty (1983), p. 190.

<sup>53</sup> Afirma lo contrario en Ahora (20-IV-1932), en Valle-Inclán (1994), p. 497.

<sup>54</sup> «Pájaro solitario», en

palabras de Ramón Gaya. Pueden verse opiniones parecidas a las de la conferencia en Valle-Inclán (1994), pp. 191 y 322. En La enamorada del rey Maese Lotario dice que Velázquez pinta «realidades como el mundo las muestra», en Valle-Inclán (1991), p. 94. O sea, «de pie».

<sup>55</sup> Parecidas opiniones en Heraldo de Madrid (4-III-

1912), en Valle-Inclán (1994), p. 96.

<sup>56</sup> Parecido es su comentario en V. Salaverri, op. cit. Ver Dougherty (1983), p. 47. Recordemos a Max: «El esperpentismo lo ha inventado Goya» en R. del Valle-Inclán, Luces de bohemia, ed. de A. Zamora Vicente, Madrid, Espasa-Calpe («Clásicos Castellanos»), 1983, p. 132 (Escena XII, ya en la edición de 1920).

seres. El incesto de Edipo<sup>57</sup>, cae sobre los hombros de un rey, como pudiera haber caído en los hombros de otro ser; la armadura guerrera siempre es una y una vez encierra la grandeza del Cid y otra un ratón es lo que suena dentro. Lo externo, pues, nada significa. La armonía entre las acciones y los personajes es a lo que yo llamo «Esperpentos»<sup>58</sup>. Fijaos en aquel retrato de la familia de Carlos IV —por ejemplo—, aquella triste familia que en el cuadro parece destinada para un «pim, pam, pum», y que, sin embargo se hallaba encargada del destino que le ofrecía el peso de la corona. A esa relación entre aquellas figuras y sus funciones es a lo que yo llamo «Esperpentos».

Fijándome —continúa— en ese aspecto que ofrece el destino histórico con el de sus representantes y comprendiendo que era algo amoral, aproveché el concepto para escribir sobre el «Don Juan»<sup>59</sup>. «Don Juan» es un talismán en toda ocasión y guiándome de tal advertencia, no olvidando los dos motivos que lo fundamentan, el amor y la muerte, *El Burlador de Sevilla* y *El Convidado de Piedra*, tuve en cuenta además que en todo «Don Juan» esta también otro, que es el paisaje<sup>60</sup>, y escribí entonces sobre las estaciones del año, sobre el rodar de los tiempos, de aquellos que modularon el amor de «Don Juan». He visto después que, según los doctores —ahora la literatura no habla de este personaje, sino los médicos—, es «Don Juan» una especie de sujeto extraño que no tan solo seduce misteriosamente a las mujeres, sino también a los hombres<sup>61</sup>.

Todo el que el día de Difuntos ve a Don Juan en el teatro cree como cosa lógica que debe seducir a Doña Inés, se lo propone como tipo, se sugiestiona y desea imitarlo. Ahora hablan los doctores de Don Juan, que es época en que la literatura es tratada por ellos, y dicen que existe para seducir a las mujeres y yo creo que existió también para seducir a los hombres<sup>62</sup>.

<sup>57</sup> Personaje de Edipo rey, tragedia de Sófocles (497-406 a. C.).

<sup>58</sup> La armonía, aquí, creo, debe entenderse como la «cuestión de la armonía». Sólo su valoración —ausencia o inadecuación— definiría esencialmente el esperpento. Cfr. Hontero Alonso: «lo que cambia son los personajes[...] Antes, el Destino cargaba sobre los hombros [...] de Edipo o de Medea. Hoy [...] es [...] la misma su fatalidad [...] Las acciones [...] son las de ayer y las de siempre. [Pero] Los hombres son[...] minúsculos

para sostener ese gran peso. De ahí nace[...] la desproporción[...] El dolor de Don Friolera es el mismo que el de Otelo, y, sin embargo, no tiene su grandeza», La Libertad (16-IV-1926) en Valle-Inclán (1994), p. 297; Dougherty (1983), p. 188, llama a esta entrevista, autocrítica del «esperpento».

<sup>59</sup> La alusión es oportuna pues se representa en Málaga el 30-X. «Los versos de Don Juan Tenorio los sabe el público de memoria, y muchos de ellos se aplican frecuentemente a la conversación» en «Don Juan

Tenorio ha vuelto», El Cronista (2-XI-1926), p. 2. En La Novela de Hoy (3-IX-1926) cita a Saïd-Armesto, La leyenda de Don Juan (1908) —Dougherty (1983), p. 161—, obra implícita aquí. <sup>60</sup> Ver Heraldo de México (20-IX-1921), en Dougherty (1983), p. 117.

<sup>61</sup> Referencia a Marañón, quien dice que «en todo narcisismo hay un germen latente de homosexualidad» en F. Agustín, Don Juan en el teatro, en la novela y en la vida, est. prel. sobre la vejez de Don Juan por el Dr. Gregorio Marañón,

Madrid, Páez, 1928, p. 13. Ver La Novela de Hoy (3-IX-1926), en Dougherty (1983), p. 161.

<sup>62</sup> El Cronista (30-X-1926), p. 1, publicó una nota aclarativa —«La conferencia de Valle Inclán»— del error de comprensión transcrito: «La premura conquese[sic] hubimos de redactar y componer la conferencia dada por el ilustre Valle-Inclán en el Círculo Mercantil, ha motivado en el texto algunas erratas que, seguramente, habrán salvado el buen sentido de nuestros lectores.

En «Don Juan» —agrega— hay tres momentos<sup>63</sup>, tres leyendas, encerradas en un solo volumen. La primera es su falta de respeto a los muertos, la impiedad. Se dice que Don Juan es un impío y un hereje. ¿Dónde está la impiedad y donde la herejía? Don Juan no ha negado ningún dogma, sólo ha lanzado unas cuantas bravatas, unas pocas de impiedades contra los muertos. Don Juan se mofa, se burla, nada le importa de los muertos. Para que existiera la herejía se precisaría que existiera una religión de los muertos. ¿En qué país existe esa religión? Indiscutiblemente sólo existe en España y en España en una región que es Galicia<sup>64</sup>.

A ningún gallego —dice— se le ha[n] aparecido los Santos, ni las Vírgenes, como en Andalucía con frecuencia ocurre. Relata la procesión de las almas en pena y agrega que la mayoría no la ha visto, pero que los gallegos ninguno ha dejado de verla. Don Juan, pues, comete los tres pecados: —mundo, demonio y carne<sup>65</sup>— Don Juan desacata los juicios eternos.

Corriendo la leyenda por la frontera portuguesa da en Extremadura. Todo romance de frontera está plagado de desafíos, porque no en vano van a las fronteras los hombres pendencieros. Don Juan, como hombre de frontera, aparece jactancioso, pone su interés personal por encima de los intereses de la humanidad, desconoce la fraternidad y la caridad y proclama, altivo, como única ley su capricho. Este es el segundo momento, la segunda leyenda, la del pecado del mundo.

La tercera —siguiendo la leyenda— es la llegada a Sevilla, que aparece llena de nostalgia musulmana que no olvida el harén. Don Juan en este ambiente es un gavilán de mujeres. Lo menos importante para su análisis es este aspecto, el menos interesante y trascendental.

El pecado de los muertos es eterno; situado en la vida mientras logre existir será él seducido por el clima, por el ambiente, por el aroma moro de la ciudad.

Don Juan es trino, es el arquetipo: se hunde en el pecado —mundo, demonio y carne— y Don Juan aparece como el propio Satanás. Recuerda que Echegaray<sup>66</sup> expresó que lo eterno no puede tener sucesión, que no puede reproducirse<sup>67</sup>, y que a esta categoría debía pertenecer Don Juan.

No es tarea fácil condensar en pocas líneas y bajo el apremio de la confección del periódico a la madrugada, un discurso pletórico de ideas originalísimas sobre materia de arte, ideas tan apartadas de la ramplonería ambiente en este momento literario.

<sup>63</sup> Los tres momentos son insinuados en El Universal

(7-VI-1892), Vallé-Inclán (1987), p. 179: «sacrilego, enamorado y desatentado».

<sup>64</sup> M. de Unamuno, «Sobre Don Juan Tenorio» en Mi religión y otros ensayos breves, Madrid, Biblioteca Renacimiento, 1910: «he llegado a presumir que el famoso seductor de doncellas es, dentro de lo español, mas bien gallego», p. 143.

<sup>65</sup> «La leyenda del don Juan se nutre en sus comienzos[...] con el prestigio de la rebelión contra el pecado de la carne» en Agustín, op. cit., p. 19. «Era la intuición un divino cristal, y lo quebró el pecado. [...] el dolor de la culpa fue conciencia de la hora pasada y conjetura de la venidera. En las mudanzas del mun-

do solo hallaron los hombres el terror de la muerte.», palabras de Valle Inclán (1992), p. 143.

<sup>66</sup> José de Echegaray (1832-1916).

<sup>67</sup> A la luz de La lámpara maravillosa, Valle-Inclán (1992), pp. 61 y 63: «Los círculos dantescos son la más trágica representación de la soberbia estéril. Satanás,

Don Juan tenía que pertenecer a esta categoría como arquetipo que fue. Y después del *Marqués de Bradomin*, feo, católico y sentimental, escribí otra visión de Don Juan: *Comedias Bárbaras*<sup>68</sup>.

Esta nueva visión —manifiesta— la ofrecí en forma de memoria dialogada. Las memorias tienen siempre la ventaja de tener perspectiva, la que proyecta el período de tiempo que separa la épo[ca] de la acción narrada con el del momento en que se narra. Campoamor<sup>69</sup> usaba y abusaba de esto, hablando con candor de juventud y con una experiencia que solo presta la edad viril. Por eso adopté esa armonía que surge de ese contraste, y la forma dialogada, porque en opinión, se exhibe, buscando la unidad.

Todo lo eterno —asegura—, presentado sin caducidad es bello. Dios esta en todas partes, e invalidado sin embargo de movimiento. El diablo es el que se mueve, el que gira para estar por doquier, en busca del pecado. Además el movimiento es bello —dice Leonardo<sup>70</sup>—, cuando recuerda el principio y el término que señalan el ritmo de la quietud. El arquetipo de cada una de las formas es la quietud. ¿Cómo llegar al arquetipo si existe distinción entre los sexos? El griego armoniza tales formas contrarias, señalándolas en el arquetipo. ¿Por qué? Porque en la literatura, en la pintura, en la escultura y aun en los amores, existen los crepúsculos que son los enlaces de antes y de después, el gran momento de la emoción estética<sup>71</sup>.

Por mi parte —continúa— peregrinando por ese sendero he procurado que la acción de mis libros no dure más de veinticuatro horas. Aquello de «pasaron diez años» no ha sido de mi sentido estético.

*estéril y soberbio, anhela ser presente en el Todo». «Satán es el estéril que borra eternamente sus huellas sobre el camino del Tiempo» («El anillo de Giges», VI), citado en Dougherty (1983), p. 161. Hito de la «falsa virilidad» es «Don Juan pristino, imperecedero y diabólico», G. Marañón, «Notas para la biología de Don Juan», Revista de Occidente, III (enero marzo 1924), pp. 18 y 37.*

<sup>68</sup> Trilogía formada por *Aguila de blasón* (1907), *Romance de lobos* (1908) y *Cara de plata* (1923); Cfr. *La Unión Mercantil* (29-X-1926): «Comedias bárbaras, que escribiera en representa-

*ción del Don Juan campesino». O «Los mayorazgos eran la historia del pasado y debían ser la historia del porvenir» en R. del Valle-Inclán, Los cruzados de la causa, ed. de M. Santos Zas, Barcelona, Círculo de Lectores, 1991, p. 114. Citado en Dougherty (1983), p. 148. El arquetipo era «tras el cual había peregrinado el mundo antiguo», en Valle-Inclán (1992), p. 109.*

<sup>69</sup> Recordemos dos versos, del poema a Campoamor, de Rubén Darlo, «junto su candor de niño/con su experiencia de anciano» —R. de Campoamor, Poesía, ed. de V. Gaos, Zaragoza,

*Ebro, 1980, p. 30.—, con quien le visitó Valle-Inclán. Las «doloras» son «todo ese contraste de sentir y de expresar que se advina en la «Giaconda» [...]su Marqués de Bradomin [...] muchos de sus rasgos, tienen el origen en la veneración[...]al autor de las Doloras», en Garat (1967), p. 107.*

<sup>70</sup> «Decía Leonardo que el movimiento sólo es bello cuando recuerda su origen y define su término, y lo comparaba con la línea de la vida de los horóscopos. El quietismo estético tiene esa fuerza alucinatoria», Valle-Inclán (1992), pp. 137- 8.

Cfr. *Diario de Galicia* (Santiago, 22-III-1919) en Valle-Inclán(1994), p. 191.

<sup>71</sup> El estatismo o molinosismo. Ver Dougherty (1983), p. 162 y J. Ferrater Hora, *Diccionario de Filosofía*, 3, K/P, Madrid, Alianza, 1984, p. 2255. Puede verse relacionado con el concepto de la contemplación desinteresada: «no pretendemos saber si [...]puede tener siquiera, algún interés la existencia del objeto, antes bien cómo la juzgamos en la mera contemplación» en Kant, *Crítica del juicio*, trad. de J. Rovira Armengol, ed. de A. Klein, Buenos Aires, Losada, 1961, p. 46.

Y voy a terminar. Era la fiesta, el santo de un rey. Dos labriegos fueron a Palacio para festejarle. Uno llevaba un cuervo, el otro un borrico. Al llegar ante el monarca uno de los labriegos soltó el cuervo que se alejó volando y gritando: ¡Viva el Rey! ¡Viva el Rey! El otro presentó el borrico que no hizo más que rebuznar. El rey entregó al primero una bolsa de dinero y al del rocín una almuerzo de cebada.

Cuando se retiraban del Palacio el rey se tropezó con los labriegos y al observar la tristeza de uno le interrogó: ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? Que mi compañero, señor, trajo un cuervo y le han entregado una bolsa con dine[r]lo y a mí que traje un borrico que vale más sólo una almuerzo de cebada. Y el Rey replicó: ¡Claro es! Es que el cuervo sabe gritar: ¡Viva el Rey! y el borrico solo rebuznar. Y el labriego exclamó: Pues yo volveré con mi borrico y dirá también: ¡Viva el Rey!

—Pide tiempo —dijo el monarca—. Pues, diez años —contestó el labriego. —Pues si cumplen y no vienes con el borrico para que grite ¡Viva el Rey! te mandaré ahorcar.

Ya en el camino, algo receloso el compañero, hubo de decirle al aventurado: Sabes a lo que te has expuesto; porque no creo que consigas hacer hablar al borrico.

— Ni yo tampoco lo creo. El borrico jamás hablará. —Pues te ahorcaran de seguro.

— En diez años de plazo —replicó— no es difícil que muera el Rey, yo o el borrico.

El tiempo, pues, lo es todo. Ese plazo de diez años en la novela dilata toda la emoción, haciéndole perder intensidad. Sustenta la teoría de que conviene acelerar siempre el tiempo para que con intensidad brote la fatalidad, que es germen de las cosas. Cita varios ejemplos para demostrar su tesis y termina diciendo que guiado por el concepto de Boileau, él que apenas se llama Pedro ha llevado a la novela los procedimientos del teatro.

La sugestiva, por todos conceptos, conferencia del Sr. Valle-Inclán fue acogida al final con una calurosa ovación, recibiendo el ilustre literato innumerables felicitaciones.

## Carlos Valverde <sup>72</sup>, «Un comentario a la conferencia del Sr. Valle-Inclán»

*Diario de Málaga (Periódico de la tarde)*, Año VIII, Núm. 2.109 (Sábado, 30 de Octubre de 1926), p. 1.

<sup>72</sup> «Don Carlos Valverde, hombre chapado a la antigua y censor catoniano de novedades extranjerizantes», *Bejarano*, op. cit. p. 680.

El conocido publicista don Ramón del Valle-Inclán, dió una conferencia sobre «Autocrítica» la noche del último jueves en el Círculo Mercantil,



logrando un merecido éxito y entreteniendo e ilustrando a la numerosa concurrencia algo más de una hora que, en honor a la verdad, nos pareció corta.

Fue su trabajo erudito, variado y ameno: erudito, por la suma de citas oportunamente evocadas que dan una idea clara de su cultura; variado, porque antes de que se pierda o entibie el interés de un aspecto de su conferencia, con habilidad de maestro, aborda otro, similar o congruente, que abre nuevo campo a la ávida curiosidad del público, y ameno, porque matiza su doctrina y juicios con atinados y anecdóticos ejemplos que estimulan el interés y aun promueven el regocijo de sus oyentes.

Vaya, pues, por delante esta declaración franca, paladina, que hago de su conferencia considerada en conjunto, y aun añadiré que, desglosándola, también suscribo y doy por buenas casi todas sus teorías y atinadas observaciones, hijas de un espíritu sutil, como el suyo, y eminentemente filosófico.

Empero, esta filosofía que preside e informa su original discurso, llévale a sentar una afirmación, respetable como suya, pero que no comparto, a menos que el ilustre conferenciante o cualquier otro pensador en su nombre, rectifique mi punto de vista en la materia que voy a esbozar, única en la cual discrepo —y que me perdone por ello— del señor Valle-Inclán.

Refiérome a su teoría de que el arquetipo de belleza, el «desideratum» de la perfección, sea la suprema quietud.

Yo pienso de otra manera; yo creo que la belleza y la perfección se encuentran, no en el reposo, que es el símbolo de la muerte<sup>73</sup>, sino en el movimiento, en la actividad, que son el símbolo de la vida.

No me convence, por más que sea muy ingeniosa, la teoría o argumento de la inamovilidad de Dios deducida de su ubicuidad<sup>74</sup>; primero, porque Dios no puede servir de punto de comparación para nada humano; segundo, porque Dios, la Omnipotencia absoluta, puede, con su solo querer, desvirtuar todas las leyes de la naturaleza; hacer que fracase el equilibrio de la estética; la potencialidad de fuerzas de la dinámica; la pereza e inacción de la inercia; llevar el infinito, o estar todo Él en cuerpo, sangre, alma y divinidad en los estrechos límites de la Hostia consagrada ... Dios no puede traerse a punto de comparación para nada terrestre, para nada humano, Dios es el que Es, y en todo caso, si se le quiere invalidar el movimiento Él sale al encuentro de esa teoría con aquellas sus divinas palabras: «Ego sum salus et vite». Pues si Dios es la salud y la vida, y la vida es actividad y movimiento ¿como o porqué[sic] vamos a atribuirle el reposo absoluto?

Haciendo, pues a[¿bs?]tracción completa de la Divinidad en el sentido dicho, por su incongruencia con la materia de que se trata y viniendo al

<sup>73</sup> Sería un caso de quietismo estético. Asume la responsabilidad de «haber estado muerto algún día». Ver Dougherty (1983), 163.

<sup>74</sup> «La aspiración a la quietud es la aspiración a ser divino, porque la cifra de lo inmutable tiene el rostro de Dios». «Dios es la eterna quietud, y la belleza suprema está en Dios» en Valle-Inclán (1992), pp. 62-3.

mundo físico, y aun al mundo espiritual, cuando nos referimos al hombre como ser psicológico, consideremos la grandiosidad ¿qué digo grandiosidad? la sublimidad que nos ofrece la naturaleza con su eterno y acompañado movimiento de rotación, girando los satélites alrededor de los planetas alrededor de los soles, los soles hundiéndose con toda su cohorte astral en un abismo sin fondo, y toda esa maquinaria de los cielos, de la que forma parte nuestro planeta, produciendo en este los días y las noches, las estaciones del año con su perpetuo cambio; en la tierra, de floración y fructificación; en el mar de flujo y reflujo; en el aire, de corrientes portadoras de nubes que fertilizan los campos; y determinando, en fin, todo ese movimiento, la alegría para el espíritu, la belleza para el logro del placer estético, y, en suma, la vida, para todos los seres de la Creación.

¿Produciría el reposo, la quietud absoluta, esa serie de bienes? Al contrario, produciría la muerte: con el postrer movimiento de los astros, vendría el desequilibrio universal; anulada la fuerza centrífuga compensadora de la gravitación ésta, en su último esfuerzo, atraerla hacia los grandes centros solares, planetas, cometas y satélites y el mundo entero se desquiciaría.

Y ¿qué decir de ese otro mundo espiritual, que ya esboqué, del mundo de las ideas, de los sentimientos, de la constante modificación de las leyes y de las costumbres en orden a un mayor perfeccionamiento?

¿Se puede negar la ley del progreso humano? No.

¿Y qué es el progreso sino la actuación evolutiva hacia nuevos y bellos ideales? ¿Y puede lograrse ese progreso anquilosando las facultades anímicas del hombre y condenándole a la inercia?

Jamás: esas tres facultades del alma son libres y como libres evolucionan, se mueven; lo que ayer juzgaron bueno, hoy lo di[s]putan malo, y viceversa.

¿Hace falta un ejemplo? Diga el señor Valle-Inclán si piensa hoy como pensaba hace cuarenta años; si sus ideales políticos y sociológicos son los mismos; ¿verdad que no?<sup>75</sup>

Pues esa es la prueba concluyente de que para el logro de sus ideales políticos o sociológicos, para mi respetabili[s]mos, sean los que fueren ha tenido como mover su espíritu, ha tenido que aceptar como bueno el movimiento.

Esto era lo único que yo quería demostrar.

<sup>75</sup> La opinión de Valle en la charla es la de no dejar de evolucionar.

**Antonio Gago Rodó**